MIGUEL RODRIGUEZ PASTOR

EL MISTERIO DE GUADIX

EDICIONES
ALHORI
GUADIX
1.960

MIGUEL RODRIGUEZ PASTOR

EL MISTERIO DE GUADIX

EDICIONES ALHORI
GUADIX
1.960

Depósito Legal: Gr. 141 - 1960

Cpyright by
EDICIONES ALHORI - GUADIX

Impreso en España por
Imp. «El 1 de Abril» Juan A. Ortega - Guadix (Granada)

NOTA PREVIA

Por la puerta de los Donceles, hace ya un puñado de años, entraba en Guadix, don Miguel R. Pastor. Procedia de Levante y venía cargado con el instinto humanistico de los hombres del Mediterráneo, con ese amor equilibrado por la Cultura y el Hombre, caracteristico de la latinidad. Además, en su bagage, traia toda la luz tranquila de su tierra, de su cielo, de su sol, envuelta en la ingenuidad de los pocos años del tiempo y del caracter. Guadix, ya, lo habia entrevisto a través de la leyenda, dificil y duro. Y tuvo que llegarse a él. Entró un día por la puerta de los Donceles, y Guadix, en la quietud del alba, lo alucinó con la música nostálgica y bravia de sus esquinas, de sus torres, de sus perros, de su geologia... Su habitual horizonte de luces se fundió en sus ojos ante la ple-

nitud tiránica del sol accitano y sus secuencias. Guadix se le hizo enseguida problema de luz. Después un problema de ambiente, de tiempo, de virilidad, de historia. Mas tarde un problema de amor... El esencial problema que es Guadix llegó a poseerlo, a embriagarlo, en lo intrincado de sus misterios, en lo inesperado de sus horizontes, en lo formidable de sus reacciones. Ha sido de los pocos hombres a quienes Guadix no hizo huir ni adaptarse a él por el camino fácil de adulterar su significado...

A don Miguel R. Pastor, por el camino del intelecto, le ha sido dado llegar a las mismas entrañas de Guadix. Así ha podido pulsar sus más sutiles reacciones, saborear sus más huidizos encantos. Hacerse, un mucho, carne y sangre de esta tierra difícil y y gigantesca. Pero además de este embrujamiento de Guadix que le hace surgir su original teoría sobre esta ciudad, y que expone ahora, don Miguel R. Pastor tiene una significación especial en la cultura accitana. Cargado de humanidad y humanidades, poseedor de un agudo espíritu crítico sin artificio, lector exacto de líneas, de entre líneas y de bajo líneas, español del Cid, del Escorial, de Santa Teresa, de Menendez Pelayo, de Unamuno, su influencia en la intelectualidad accitana —de tan rica y compleja significación— ha sido profunda, formativa, magnífica. El ha enseñado a leer

hasta el fondo, a enjuiciar sin prejuicios, a dar a la vida, a la historia y a las letras, ese auténtico sentido crítico que hace universal una cultura.

Por la puerta de los Donceles se le hizo Guadix, a don Miguel R. Pastor, un alucinante misterio de color, de instintos, de geología arquitectónica. Muchos años después, ahora, aquel misterio de Guadix se le ha hecho, en el alma, dulce como la fruta en otoño. Este chiquillo ingénuo que es don Miguel R. Pastor, cuando frecuentemente sale por la puerta de las Granadas, lleva en la admiración de los ojos, del intelecto, del corazón, a Guadix hecho una sinfonía crepuscular y amorosa. Una sinfonía que como Eurídice tienta a Orfeo con el abrazo eterno.

Asenjo Sedano

EL MISTERIO DE GUADIX

Hablar o escribir, en definitiva, no es más que el desesperado intento que realiza el hombre por conseguir, mediante la palabra, la imagen ideal que coincida, se ajuste y se adecue, del mejor modo posible, con la realidad objetiva de la cosa a tratar. Con la realidad objetiva que significa y expresa. En principio esto es absolutamente imposible. Pero hay mas. Y es que en mi caso de hoy, de ahora, ésto entraña una trágica paradoja.

En efecto, todo conocimiento, como toda visión, exige una perspectiva. Por su parte la perspectiva no se concibe sin distancia, sin lejanía. La cosa objeto de nuestro conocimiento o de nuestra visión, en este caso Guadix, ha de quedar al otro lado de allá, fuera y lejos de nosotros, ajeno, para así poder someterlo acertadamente a nuestro análisis. Y nosotros, yo, en esta circunstancia de hoy,

no acabo de alejarme, de remontarme lo suficiente para ver con plenitud. Pero, como decía antes, hay más. Y este mas es que en nosotros, hacia Guadix, existe un amor profundo, que en lugar de ayudarnos a remontarnos para mejor verlo, nos aproxima a sus mismas entrañas dificultando nuestra visión. Es evidente que nada aproxima tanto como el amor. El amor aniquila toda distancia fundiendo dos carnes en una. Et erunt duo in una carne. Mas aún, el amor logra fundir dos yos en una nueva realidad inefable. El amor es, de alguna manera, la anulación ontológica del yo. El amor logra anularnos a nosotros mismos, nuestro mismo contorno, para transformarnos en el tú absoluto del otro. Por milagro del amor lo que no era es. Lo que era no es. Y así puede darse, en la bella leyenda árabe, que cuando el enamorado llama a la puerta de la tienda de la amada y ésta le pregunta ¿quién?..., él responda adecuadamente: Soy tú.

He aquí, pues, un grave problema que se presenta a un enamorado, a mí en este caso, para tratar del objeto de su amor, de Guadix. Nuestra incapacidad para alejarnos lo suficiente de la visión de Guadix y nuestro mismo amor, nublan nuestro conocimiento impidiendo que mis palabras tengan valor de juicio riguroso. Pero al menos, por ese valor que da a toda palabra la honradez y la sinceridad, creo que pueden ser tomadas como

un intento digno de explicación objetiva de esta realidad única que es Guadix.

* * *

Aceptada nuestra incapacidad para, en este caso, dar una visión definitiva de Guadix, es precisamente de esta incapacidad, de estos términos que la constituyen, de donde hemos de sacar luz suficiente para poder traerlo, iluminado en lo posible, ante la consideración de Uds. Y de estos términos que, en principio, incapacitan, hemos elegido el más universal, el más humano, el más transcendente para penetrar en el misterio huidizo y contradictorio de Guadix. Para ver, y traer ante Uds., a Guadix, hemos tenido que echar mano del amor.

El amor tiene dos senderos de signo opuesto aunque de idéntico resultado. Hay un amor instintivo, afectivo, cordial, que brota como una llama anhelante de las profundidades de nuestro ser biológico, desde las raices entrañables de nuestras vísceras. Cuando surge, cuando toma contacto con lo externo, ya está marcado de preferencia por su objeto. Ya esta predeterminado y consignado a él. Es un amor para el que no hay más escapatoria que la muerte o el fracaso. Un amor, en definitiva, más de sino que de destino.

Por un fenómeno que la ciencia no ha ex-

plicado ni explicará jamás, todo hombre, al nacer, trae escondido en sus mismas entrañas el objeto ineludible de su preferencia, a cuyo contacto todo su ser vibrará como una ilusión estremecida y colmada.

La vida de los grandes hombres no es otra cosa que el despliegue, en el tiempo, de esta relación amorosa. Cuando hablamos de la genialidad que es la música o la pintura hemos anulado la personalidad del artista en el objeto de su amor.

Pero, además de éste, hay otra clase de amor. Es el que se inicia desde esa suprema distancia del alejamiento. A veces, incluso, más que desde el alejamiento, desde la misma adversión. Nuestras tendencias afectivas chocan irremediablemente, porque sí, con la realidad propuesta. Sujeto y objeto se repelen mútuamente sin otra explicación que la irreductible y definitiva de la invencible antipatía. No hay entre sujeto y objeto la más pequeña afinidad aféctiva que haga posible la coincidencia en un punto de partida para el diálogo. En este caso sólo hay una salida. La comprensión intelectual. La comprensión intelectual es la única salida para dar cabe a un amor iniciado desde el alejamiento o desde la misma adversión.

Ya lo decía yo en otra ocasión. Los que no somos de Guadix llevamos un Guadix ideal en la cabeza. A este Guadix, duro y amistoso, adusto y sentimental, solo es posi-

ble llegarle por el camino del intelecto. Guadix no tolera, para entregarse, el camino fácil y corriente del corazón. Por el camino del corazón lo haría cualquiera y Guadix es una cosa aparte en el mundo. Guadix solo puede ser conocido cuando uno ha reconocido. Reconocer es confesar humildemente una culpa; declarar haber cometido el error de haber sido —más que injusto— necio, miope... Siempre conceptos intelectuales para apreciar los valores de su significación. Pero, además, reconocer, estar reconocido, expresa sobre todo gratitud, que es la suprema forma del amor. Esto es, el amor templado de humildad.

Así, pués, a los hombres nacidos fuera de Guadix, ajenos a las entrañas de Guadix, radicalmente incapacitados para captar sus vivencias emocionales, solo les queda, para conocer esta ciudad, la vía del intelecto, la de la comprensión intelectual, la del amor casi religioso, que es el que yo siento, y que es el único que Guadix puede inspirar a los hombres de otras tierras.

Y es desde esta zona de la comprensión intelectual, del amor casi religioso, desde donde yo les voy a mostrar a este Guadix de cada día.

* * *

Para ver Guadix, como para ver cualquier cosa, hay factores positivos y negativos

que nos ayudan y nos dificultan la visión. En primer lugar a Guadix se llega siempre prevenido en contra de él. Y se llega prevenido en contra de él porque todos saltamos a estas tierras desde la leyenda, que más que un prejuicio elaborado por el resentimiento del forastero parece la natural excrecencia que desfigura en monstruo el semblante de la ciudad y su hombre.

Todo grupo humano establecido en un lugar de la tierra, afincado en algún paraje de la geografía que es un pueblo, dispone, en su favor, de la imprescindible carta de recomendación. En esta se propaga la excelencia real o imaginaria de algún mérito. Este mérito es el pretexto para el dialogo, fase previa en el establecimiento de las relaciones humanas. La vida en soledad es imposible. El hombre necesita de los otros hombres. Los pueblos de los otros pueblos. Aunque parezca paradojico, la soledad del individuo en particular —de suyo tan amable y, sobre todo, tan fecunda en resultados— es un lujo extraordinario solo posible cuando los grupos humanos han alcanzado un alto grado de asociación comunitaria y ya la técnica y la cultura han solucionado los árduos problemas del duro vivir, permitiendo al hombre vacar al peliagudo quehacer de la contemplación. El monje y el monasterio, el solitario o la comunidad de solitarios, subsisten garantizados por la organización social.

Para el dialogo individual la naturaleza ha dotado al hombre de ese extraño y sutilísimo sentido, que le permite relacionarse con sus semejantes una vez captado lo específico de cada peculiaridad humana. La maravilla de este don divino solo nos es dado valorarla por el contraste: cuando tropezamos con álguien que, sin poder percibir al prójimo, nos tunde, implacable con sus despropósitos y majaderías, al margen de todo buen sentido.

Todo ese formidable fenómeno de acercamiento entre los pueblos que es el turismo moderno, se sustenta y mueve por la propaganda, que no es otra cosa que el aireamiento de esa carta de recomendación de que antes hablábamos. Y así, el slogan publicitario de España, llamando a ese mundo cansado de comodidad y precisión racionalista, al que se le ha bajado el vino a los pies, posee, para este caso, el garbo exacto de un par al quiebro: "España es distinta". Incluso, dentro de un mismo territorio nacional, los diferentes pueblos se esfuerzan por dialogar con sus vecinos, de presentar sus cartas de recomendación, aunque en muchas de estas no se hablara más que de "a tiro limpio", como sucedía, hasta hace poco, en muchos de los nuestros.

Pero, en esto, Guadix es una excepción. Guadix no tiene su autocarta de recomendación en el concierto de los pueblos. No solo

no la tiene sino que parece que se niega a tenerla Guadix siempre ha vivido, y sigue viviendo, a solas consigo mismo, despreocupado por completo del prójimo, complacido en su propia grandeza. Por eso Guadix siempre ha parecido al forastero una ciudad cerrada en su propia intimidad, imposible al afecto y la cordialidad, donde sus gentes, desvisceradas de clemencia, hoscas e implacables, como sus cerros circundantes, y decididos como una daga, preludian la tragedia y la sangre. Si aman es porque no hay otro modo de garantizar la atroz especie retadora. Como es natural la gente que no tiene ideas, pero si opiniones —que es lo más distante de la realidad— hizo la suya sobre Guadix, creando la leyenda: Una fácil estampa solanesca. Guadix no solo es un pueblo con mala prensa, sino, lo que es mucho peor, con mala leyenda. La mala leyenda es el fantasma que una parcial, y equivocada interpretación de ciertos hechos interpone entre la opinión ajena —que como toda opinión es mentalmente inerte—y la sustancia viva de la realidad escarnecida. La leyenda extiende su prejuicio ganando aquiescencias y convicciones por el fácil e infalible método de evidenciarla con la peor de las mentiras que es la verdad a medias. Ahí están los hechos obvios, con su inexcusable apariencia, impidiendo con su claridad todo intento de interpretación y, mucho menos, de justificación. Como la mala leyen-

da se gesta en las foscas raices del resentimiento, y este, por su parte, es el mal hijo de la envidia que—como sabemos por el catecismo—es tristeza del bien ajeno, su blanco es ineludible: Despojar a la realidad odiada, por un proceso de negativa cristalización, de todos sus valores positivos, hasta obtener el negativo de su fisonomía y personalidad. Es un aguafuerte de motivos sombríos y trágicos, de infierno sin teología.

* * *

Como Guadix, para el concierto de los pueblos y las tierras, no se ocupó de formar su carta de recomendación, exaltando sus excelencias, la leyenda ha tenido todas las bazas para desarrollarse, hasta tal punto que Guadix es quizas la ciudad más legendaria de España, pero con una leyenda siempre puesta al día.

Calles en sombra, espectradas por un sol huidizo que no se sabe por donde viene y hace visible el frio. Calles barridas por un viento acre y desabrido que cristaliza los muertos. En sus esquinas hay un tufo de sangre que brota de los gestos de los hombres. Las calles estan empedradas de guijarros. Son como huesos humanos recien descarnados, que todavia conservan el humor doliente del desgarro, que todavia lloran el dolor agudo de su martirizante desnudez, pidiendo

a gritos la muerte definitiva que termine su agonía, prolongada por siglos, sin nunca merecer la piedad de quien los pisa. Por estas calles heladas—en Guadix no se sabe porqué siempre es invierno—millones de perros enloquecidos de falta, que les suenan los huesos de hambre y de frio, sin hacer caso ni de los hombres que acarician o sueltan mendrugos, ni siquiera de los otros perros,—porque los puros huesos no pueden amar—, aullan a los cielos su inclemencia. Tal vez su pobre caletre anémico les descubra visiones horrorosas de perros ahorcados, o les finja otros perros gordos y felices, satisfechos de enormes mondongos nutritivos...

En las torres, oscuras de silencios y sombras, de tanto templo desdeñado, las fatídicas lechuzas que barruntan muertos, encienden las lamparas frias de sus ojos alucinados en sufragio de las almas en pena, que en vano esperan las oraciones de los suyos, vivientes, en la tierra. A estos vivientes en la ciudad de Guadix no les basta el tiempo que se nos da cada día y que es apurado, en todos sus instantes, en el alerta tenso a que les obliga el cerco implacable que en torno suyo cierra el prójimo para arrebatarle, al primer descuido, la tierra y el amor. Los vivientes en la ciudad de Guadix han de estar en perpetua vigilia, tensas las antenas del instinto para adivinar las intenciones del prójimo. De otra forma siempre podría llegarse tarde para poner re-

medio a un peligro. Ni los cielos se enteran de la herida mortal de aquel hombre caido en la calle desierta, al que acompaña indiferente y sólo su sombrero, también caido a su lado, rubricando su muerte desampara da.

Gitanos zarrapastrosos, por los jirones de sus mugrientos harapos, que si no los cubren al menos los definen, enseñan sus carnes apestosas de donde la sangre gorda de marranos muertos barrió todo vestigio de la gracia esencial de su estirpe...

Es la leyenda, señores. Ese barco cargado de prejuicios desde donde siempre se desembarca en Guadix.

* * *

Pero con ser suficiente la leyenda para deformar nuestra visión real de Guadix, hay aun más. Este más es el paisaje. El paisaje es el segundo factor que enturbia nuestra vista para entrar en la realidad accitana. El paisaje es como otro prejuicio, ahora de la misma Naturaleza, para desvirtuar Guadix. El paisaje es como el complice misterioso de la leyenda.

La embestida del paisaje de Guadix es de tal magnitud que impide todo acomodo. El único paisaje del mundo que enseña los dientes es el paisaje de Guadix. Es un paisaje erizado de dientes agresivos. Los conos de

sus arcillas afilados por los vientos y la lluvia, endurecidos por el frío, parecen colmillos que acechan los cielos y las nubes, con el terror tétrico de su inmovilidad, para desgarrarles las entrañas. Su panorámica abigarrada y castrense, en su obvia apariencia, queda imposible a la mirada, muda y extrañ̃a como una protesta contra la creación. La vista que siempre busca descanso de su fatigosa perplejidad, para poder así reanudar su tarea de alimentar nuestra curiosidad y aliviarnos del tedio, no puede posarse sin martirio en los torturantes accidentes de su topografía, acribillada por los filos agudos de sus astas cosmicas. En sus secas entrañas la vida es imposible. La que pujante sube desde el valle, con afán de escala redentora, quiebra alucinada, detenida por su aliento mortal, en el límite justo de su señorío irremediable. Solo el viento, gran malabarista, en un alarde de inverosímil agilidad, aventura equilibrios imposibles sobre las aristas secas de sus planos arduos, aun a trueque de desgarrarse la pechuga y caer desangrado en el hondón sin fin de sus escuetas laderas.

El sol se martiriza en la fatiga inútil de encontrar aquel ángulo que propicie su peculiar tarea de precisar la fisonomía de las cosas y prender el punto exacto de su realidad. Pero esto es tarea imposible porque este paisaje no tiene realidad, y si la tiene no es según las normas de nuestra fisica.

Por eso este paisaje no puede ser captado por el ojo humano. Tampoco reducido a formas por más expresivas que las imaginemos. Yo he visto como los pintores —algunos con cuadros en los modernos Museos de París— se rendían, derrotados ante la terca negativa del paisaje de Guadix a entregar el secreto de su fundamental desnudez. A lo más, estos pintores solo acertaban a darnos la imagen elemental del tosco cerro de arcilla, desnudo de toda significación. Pura tierra inútil. Ninguno ha conseguido la clave que nos descifre los enigmas del paisaje de Guadix, que nos abra el secreto de sus estancias inmóviles donde moran en tumbas de silencios las almas de sus sombras. Porque más bien que nubes petrificadas, o furiosas olas muertas, o espectros de llamas degolladas, estos cerros de pardos solemnes y filos implacables semejan una sinfonía de gritos fosilizados, de furores compactos, de horribles pesadillas densas. Un torbellino estático de angustias anquilosadas en volúmenes de nada y nudos de vacio. Esta tierra de Guadix, tajada de cicatrices deformantes por los tumores que le comieron el jugo fructífero, que le sorbieron la sustancia nutritiva, ha fascisnado la mirada, vacía de esperanza, de todos los muertos solitarios, de los que no pudieron soportar sus vidas sin objeto, encontrando propicia tumba en esta arcilla suicida

sobre si misma por la desesperación de su protesta solitaria.

Todavia habría una esperanza si estas puras ansias erectas, si estos bloques compactos de quimeras y sueños verticales tuvieran misión de muralla. Pero no. Su única, su exclusiva misión,es de cerco. De un cerco que no logra mantenerse en los límites justos de sus áreas óseas.

La muralla también cierra y ciñe. Pero es para defensa de la ciudad. La muralla es el auxilio supremo, en el trance último del peligro, cuando llama a sus puertas el asedio enemigo. Por eso mira al exterior. Y, desde su imprescindible altura, que alcanza perspectivas lejanas, previene con tiempo a la defensa. El cerco también ciñe y aprieta, como la muralla. Pero de otra forma. Lo hace hacia adentro, amenazando con estrangular la ciudad, con castigarla a no ser, por la temeridad de su desafío. Por eso este paisaje de agudas aristas espectrales de Guadix se obtina implacable contra la misma ciudad de Guadix. Su agresividad es tan avasalladora que ha conseguido situar sus cerros, como avanzadillas para el asalto definitivo, en las entrañas misma de la urbe. Es una cuña obstinada de la tierra furiosa contra el hombre que se levantó frente a su determinismo geológico. Contra ese hombre que poseso con la locura retadora de establecerse en Ciudad,

en estas tierras, logró levantar las tiendas permanentes de su vivienda...

* * *

Mas no solo es la leyenda y el paisaje lo que se afana en adulterarnos el conocimiento de Guadix. Hay todavia más, ayudando a estos dos colosos, engendradores de prejuicios. Escapados de la leyenda, huidos del paisaje, en la misma urbe, pisando sus calles, he aquí que se nos viene encima la misteriosa estampa de la Ciudad, con ansias de hurtarnos la poca visión clara que nos quedaba. Cuando, prescindiendo de todo, en un esfuerzo supremo, pretendemos saber el misterio y la realidad de Guadix mediante la reconciliación con la unidad humana de la ciudad, he aquí que ésta se nos va por el escotillón de su rareza única, negándonos absolutamente todo rayo de luz.

Toda ciudad, cómo toda persona, tiene su propia e inconfundible fisonomía. Esta nos sirve para distinguirla, sin más, físicamente, de cualquier otra. Esto, en último término, es fácil. Pero para llegar al conocimiento intelectual de la ciudad y aprehender su personalidad, penetrando su complejo íntimo,—dada la limitada capacidad de nuestro discurso,— hemos de valernos de los instrumentos lógicos que son esas generalizaciones en que la psicología divide lo humano, clasificándo-

lo en los caracteres típicos, según las universales tendencias predominantes en el hombre, desde cuya base partimos en busca de la particular peculiaridad humana. Estos esquemas son como gábilo por donde hacemos pasar el caso concreto del individuo en particular, para incluirlo en su respectivo orden. Como trajes de confección hechos según patrones abstractos donde van quedando encasillados la serie infinita de los hombres aislados.

Para conocer el caracter de las ciudades no disponemos —que yo sepa— de esos grandes esquemas que nos permitirían incluirlas en sus respectivos órdenes. Permitidme la temeridad del intento. A mi juicio, tres son los factores que integran una ciudad: el Paisaje, el Hombre y la Historia, determinándose su caracter y personalidad por la armonía, el predominio o la exclusividad en que se articulan en el conjunto urbano.

El paisaje, en cuanto componente de la Ciudad, que es como ahora se estudia, es la naturaleza incorporada a la Historia. No es la naturaleza muerta, estática, bajo la sola fatalidad de su pesadumbre física, dispuesta a aplastar todo intento del hombre por establecerse comunitariamente y realizar su destino de ser social. Es más bien la naturaleza a la que se le ha encontrado, ¡por fin!, su oculta disponibilidad de servicio, viva y actuante, humilde y servicial, redimida de su fatalis-

mo de diosa rebelde. El paisaje aqui es un pacto entre el hombre y la tierra. Reconocimiemto, pues, de mútuos derechos e imprescriptibles deberes. Compromiso logrado a expensas de mútuas concesiones y recíprocas influencias.

Hay ciudades que son la culminación de un paisaje, el último toque de su perfección. Ciudad y paisaje forman un todo vivo, articulado y armónico, en una perfecta unidad estética en la que sería imposible distinguir si es la ciudad la que se prolonga en paisaje o es el paisaje el que brotó espontáneamente de la ciudad. No podemos concebir el uno sin el otro. No podemos concebir la ciudad sin paisaje o el paisaje sin ciudad. Están fundidos como las partes en el todo en un organismo vivo.

Granada es el paradigma de este tipo de ciudad. Todo lo que constituye su paisaje, desde los altos picos nevados de su sierra hasta la llanura fertil de su vega, su aire y su luz, vienen exigidos por su núcleo central: la Alhambra. La Alhambra, que al dejar de ser Historia, se hizo paisaje para ser subsumido por la otra Historia superior que le llega en la plenitud de su despliegue resumida en el templo católico.

Otras ciudades son todo Historia. Bien según el sentido en que solemos entender el vocablo; de acción dominadora, de expansivo dominio, de hegemonía de unos pueblos

sobre otros, o bien el exclusivo y predominante de la Cultura.

Roma es la Historia aprisionada en Arquitectura. Por ser Historia pasada, ya solo es Arqueología. París es la Historia hecha Cultura y Pensamiento. En estas dos ciudades el paisaje queda subsidiario. Mas aún, excluído por esas dos instancias superiores. París no tiene naturaleza. Es el paisaje de la razón francesa. Por su parte, en Roma el paisaje es el sostén de la Historia. Por eso París es biografiable. Hay biografías de París. Roma desborda la biografía. Solo tiene, sólo puede tener, historia que es la biografía de lo colectivo.

En otras ciudades ya no es el hombre como Historia, ni el hombre como Cultura, sino el hombre como pura naturaleza humana el que se constituye sobre el paisaje y sobre la ciudad traspasándolos de su vida, arrebatándolos de su categoría de cosas, para instaurarlos en su orden humano. Es el hombre en el supremo grado de señoría sobre la creación. Porque no solo dominó la naturaleza por la ciudad sino que domesticó ciudad y paisaje hasta modelarlos a su imagen y semejanza, haciéndolos expresiones de la interna realidad de su caracter. Es el hombre proyectándose en la naturaleza como verdadero autor de su contorno que expresa como toda realidad enamorada. ¡Andalucía...! y Sevilla!... En sevilla, sin proponérselo, consigue

el hombre el milagro de humanizar, o por mejor decir, de personalizar el mundo abigarrado de su circunstancia: la ciudad y el paisaje, la naturaleza y la historia, transfundiéndoles la carne y la sangre de su espíritu. Aquí las cosas viven, se mueven, y son al estilo del hombre, tocadas de su gracia. Asi la Giralda, olvidada de la tiranía de sus puras líneas geométricas y de las inmutables leyes del equilibrio, superó la arquitectura humanizándose en criatura. Más que recortarse en el cielo parece que va a salir por sevillanas. La Giralda más que torre es una mujer.

Guadix, en ésto también, es una excepción en el mundo. Es el hombre y el paisaje frente a frente. Irreconciliables, antagónicos, tensos de recíproca lucha intemporal, sin fecha de victorias ni de derrotas, equilibrados de furor y resistencia. Guadix es la única ciudad del mundo invadida por el paisaje, que se hizo fuerte sobre si mismo, negándose, contra toda orden del hombre, a despejar el campo cuando aquel le pedía sitio para establecerse socialmente en ciudad. El paisaje quedó, con la victoria de su pertinacia obstinada, entrañado en Guadix, formando parte de su semblante, integrando su fisonomía urbana, alineado en esta categoría con la torre y el templo, el palacio y el torreón. Impidiendo a todo el conjunto la ascética desnudez de sus cerros fundamentales. Guadix es

la única ciudad del mundo donde la geología se articuló en arquitectura.

La más rotunda expresión de este paisaje es su intemporalidad. Su esencial inmovilidad excluye el tiempo, medida del movimiento. Aquí el tiempo no existe. No hay tiempo, excluído todo principio, de cambio a metas distintas. Su fluir quedó trinchado en el estatismo de estos atroces cerros de arcilla que plegados sobre la soberbia de su estoicismo geológico, como absurdos fines de si mismos, como rebeldes realidades absolutas, seguirán, por siempre, siendo la esfinge de la indiferencia. Contra todo lo que fluyó por sus riberas cargado de mudanzas y novedades, con la algarabía estruendosa de victorias que cambian de signo a las torres, se mantuvo erguido sobre su propia negación, impermeable y cerrado a toda sugerencia, ensimismado en la grandeza desnuda de su silencio, en un ahora permanente sin antes ni después.

Contra la fatal tiranía de este predominio geológico se irguió desafiante el hombre de Guadix, dispuesto a afincarse en su contorno. Pero como nada vincula tanto como la guerra, este hombre, rebelado contra la naturaleza, quedó, no obtante, prisionero de su destino, condenado, él también, a un inmóvil primitivismo que actualiza por siempre la prehistoria. Por eso en Guadix, pese al progreso de los siglos, perdura a través de los

tiempos el puro hombre esencial, la pura criatura humana, tal como Dios la hizo, sin adherencia de accidentalidades históricas, afirmando a los cuatro vientos la compacta textura de su esencial naturaleza. Esta fascisnante vinculación del hombre con su paisaje, atravesando triunfante el tiempo y las edades, sellará el caracter de la ciudad perennizando lo ancestral. A la vez determinará ese tipo humano de caracter irreductible a toda forma histórica de convivencia y progreso. Por eso en Guadix subsiste ese hombre insolidario y anárquico, allende la ley y la norma, con su mundo anterior a las instituciones donde apenas si la razón sirve a su instinto, único guia de su atroz vivir. Era irremediable donde el tótem prehistórico, el toro ibérico, despojado de todo su fabuloso prestigio legendario, vive actual y cuasi modernista, como caprichoso motivo decorativo de nuestras repisas ornamentales.

Reparemos que cuando los hombres de Guadix se asocian en la capital de España como núcleo característico regional, solo y esclusivo, según costumbre de las demás regiones y provincias españolas, a este lugar que yo no podria llamar de reunión sino de coincidencia, no le dan el nombre de casa o centro, sino que le dan el nombre de clan. El clan de los Catos. Clan —lo sabéis todos— equivale a tribu. Y tribu se llamaba a cada una de las agrupaciones en que se dividían

los pueblos primitivos. Pueblos primitivos, esto es, pueblos prehistóricos que son los irredentos aun de la tiranía geológica. Cato es el Torcuato al que un puñetazo regresivo de lo ancestral lanzó desde la Historia esencial de Roma a la prehistoria esencial del clan.

Es el tercer escalón de la dificultad para conocer Guadix este de la rareza de la ciudad. En el difícil equilibrio de la lucha del hombre con el paisaje, mientras la Historia se descabalga del tiempo, nosotros encontramos también una formidable oposición para entrar en la realidad de Guadix. Son como dos gigantes llamándonos a voces, distrayéndonos de nuestro objeto, hurtándonos con su ambiente, con sus colores, con sus semblantes, la auténtica visión de Guadix. No son las sirenas de Ulises impidiéndonos seguir adelante pero si el vértigo impresionante de dos precipicios o las fáuces violentas de dos mónstruos guardando las puertas de entrada de esta ciudad terriblemente defendida, escondida... Y como toda visión real necesita estar sincronizada en el tiempo, este choque con un Guadix anacrónico, vuelto de espaldas al reloj, nos deja tal sensación de perplejidad, que otra vez no sabemos si nos adentramos por el mundo tangible y real de la creación o deámbulamos presos de una pesadilla. Si libres de la leyenda de la fábula, ésta nos ha vuelto a aprisionar con sus hechi-

zos nuevos de extraña arquitectura, de figurás anacrónicas, de lucha mitica...

Ciertamente que la leyenda, el paisaje y la ciudad son suficientes para hacer huir, extraviado, al que sin grandes fuerzas se acerca a escalar Guadix. Para hacerle huir y asentarle en el alma un recuerdo enloquecedor que roa sus sueños. Para hacerle, desde lejos, ver esta ciudad como el producto de magos, gigantes y mónstruos.

* * *

Este Guadix que acabamos de esbozar, como silueta que sugiere su figura, obligando a nuestra imaginación a completarla, es el Guadix óbvio y elemental. El Guadix de bulto, físico, con que tropiezan nuestros sentidos. El Guadix, puro relieve de tierra accidentada, vacio de toda expresión. Ese que armoniza el contrapunto monocorde de sus grises compactos con los gritos agudos del viento enfurecido y el contrabajo de la sombra positiva. Es un Guadix con semblante de nada, de una sola pieza centrada sobre si misma, con una finalidad única interior, que reduce una eternidad localizada a su mismo espacio. La misma muerte no acaba de definirse por falta de relieve de su contrapunto la vida. Es un Guadix con maleficio, paralizante, que nos convertiría en estátuas de tierra si volviéramos la vista para sabo-

rearlo. Es un Guadix que impone, de una manera vital, la huída.

Pues, bien, este Guadix es el que se nos impone a nosotros, hombres de otras tierras. Esto de la leyenda, del paisaje y de la peculiaridad de Guadix es como un fatalismo que gravita sobre esta hermosa ciudad. Porque estos prejuicios que llegan a anular el conocimiento de Guadix no solo son el producto de historias mas o menos veraces que corren por ahí, sino —lo que es peor— son prejuicios que surgen inexplicablemente ante el hombre de fuera. Después, la misma inercia de este fatalismo, hace que caigan en él los que vienen por identicas rutas. Y también que los que caen en este pozo fatídico de la sorpresa accitana, por el mismo iman imponente que los atrae, dificilmente pueda ya levantar el vuelo. Por eso yo aconsejaría que Guadix se tomara, como los tóxicos fuertes, a pequeñas dosis, para ir acostumbrando el organismo a él. Para que Guadix no lo aniquile a uno en la sorpresa del envenenamiento. Es la única forma de inmunizarse para ese emborrachamiento constante de aguafuertes que es Guadix. Es la única forma de poder gustar sin miedos en toda su plenitud ese derroche de vida interesante, de visión definitiva, que es Guadix en cualquier momento.

Este Guadix que acabamos de esbozar es la cara que enseña Guadix a cualquier visitante. Una cara fiera de gigante mitológico,

suficiente por sí sola para imponer respeto, y, mucho más, temor. Pero es que los gigantes, más adentro de la cara, tienen corazón y alma. Tienen el río de los instintos. Tienen, en definitiva, esa serie de matices que son la auténtica personalidad y que, muchas veces, como en alguna obra de Cocteau, forman un contrapunto tierno y sentimental que alucina más aun que la visión imponente de su rostro.

Ya sabéis que el Guadix de estos siglos atras estaba circundado por una muralla. Esta muralla tenía muro y contramuro. Así la ciudad se guardaba doblemente de cualquier ataque y de cualquier visión también. Pues bien esto de la leyenda, del paisaje y de la ciudad es como haber forzado solo el primer muro. Es haber empezado a tomar solo una zona defensiva de ella. Pero para conocerla plenamente es preciso también asaltar el segundo muro. Solo así se puede entrar en la plenitud de sus misterios, de sus encantos, de su atractivo...

La mayoría de los visitantes de Guadix, forzado el primer muro, han quedado sesteando frente al segundo, dándose por satisfechos. O han huido convencidos de su impotencia para el segundo asalto. Solo muy pocos han decidido y han logrado asaltar y vencer el segundo muro. Yo me tengo entre esos pocos. Y como todas las fortalezas fieramente guardadas, una vez dentro, me ha

sido fácil entrar en el misterio de su laberinto. Esto es lo que quisiera mostraros ahora.

* * *

En el corazón de Guadix, buscando su secreto, lo primero que se me vino a las manos fué su problema pictórico, de luces entre el silencio. Es una de las visiones más espectaculares de Guadix que adquiere su plenitud en el crepúsculo.

Guadix es un equilibrio imposible de grises y blancos, esto es, de sombras y luz. Cuando este equilibrio se rompe, diluído en el predominio de estas instancias, Guadix, falto de sustancia, emigra a no sabemos que mundos como esas islas y naves fantasmales. El gris invasor de sus contornos auxiliado por las sombras sucias de los días sin sol rompe los diques de los blancos que los contenían en los límites de sus volúmenes y, como rebaño de elefantes furiosos, en alto trompa y colmillos, arremete incontenible contra el universo de sus precisas realidades sumergiéndolos en el mar confuso de sus arcillas. En los días radiantes de verano, cuando el sol en lo alto ahuyenta las sombras y bate con su diáfana claridad los planos oscuros sobre los que descansan y destacan las duras aristas que singularizan el mundo de sus criaturas, el orbe de todas sus realidades desaparece desvanecido, también, en una me-

táfora de luz. Esta arcilla, pesada y elemental, se ha metamorfoseado en candelabros con vértices de oro incandescentes. Toda la realidad inconfundible de la ciudad, incluso las moles de sus templos y torreones de sus torres destacadas, y los accidentes todos de su topografía se diluyen en esa luz cernida como harina de estrellas. Guadix es la ciudad siempre amenazada, en trance y riesgo de dejar de existir, fluctuando siempre entre el ser y el no ser, comprometida en definitiva en la suprema cuestión metafísica.

Las sombras hollando los blancos, únicos diques que sujetaban la torrentera de sus cerros, anulan ésta en su geología. La luz clara y diáfana la esfuma en una niebla radiante. Guadix asegura su verdad objetiva, su resistente autenticidad en la armonía de los blancos y los grises, de la luz y las sombras, en el crepúsculo... ¡Los crepúsculos de Guadix!... Es Guadix va cabalgando en la metafísica, cambiado en un problema de luz que lleva en sí la solución a su misterio... ¿No es acaso el crepúsculo una sombra radiante, una claridad oscura, un fulgor opaco, una alegría antigua y grande deprimida por una pena reciente?... Nostalgia, pasión apagada ya de entusiasmo. Puro recuerdo. Pasión dormida ya en el pensamiento... Y es que puede ser que el quid del misterio accitano esté en que Guadix sea ya sólo una gran nostalgia.

Los crepúsculos de Guadix relajan sus

cielos implacables, mulléndolos de ternuras virginales que —desnudando la creación de todo exceso— la ofrecen en la inocencia pura de su ser original con el asombro de su existencia recien estrenada.

Todo está en sus niveles. Cada casa es ella. Sin circunstancial adherencia deformante subsiste nítida en los puros reflejos de si misma, irreductible a la confusión triunfante de las formas confusas. Todo concurre a que Guadix sea en cada individualidad. El contorno, en esta hora solemne, es una radiación astral, lejana, muy lejana, exonerado de su pesadumbre geológica, ingrávido como una luz tactil con la que se puede modelar. En la hora del crepúsculo el paisaje de Guadix estrena constelaciones. La colina familiar es como un astro nuevo que asoma su hombro de fuego tras el contorno apagado. El sol, puesto, pone pinceladas de sangre anémica en las cumbres salientes de las sierras. Un lucero precoz evita que se nos caiga el cielo encima. Un pajarillo solitario que se le hizo tarde, o que perdió el camino, arrastra tras su vuelo acongojante, que corta en dos mitades el cielo, la última onda de calor humano, poniendo al desamparo en el extremo límite de la soledad. La hora de la soledad, sin que sepamos por qué, es la hora del crepúsculo... Un grito único susciona todo rumor, todos los otros gritos que envolvían la ciu-

dad en una niebla sonora, y que, al extinguirse, impone el silencio cósmico.

El silencio, la soledad y esa sutilísima luz refleja de los astros próximos que son las colinas en esta hora, crean cada tarde el Guadix exacto. Cada torre es su propia réplica. Cada casa resalta inconfundible sobre el conjunto urbano. El rojo húmedo de los tejados, limpio de toda impureza cromática, individualiza cada edificio conteniéndolo en el molde de su dibujo, aprisionados los furiosos grises y los blancos optimistas. Toda realidad —de tan real— parece translucida, de lo bien que la vemos. Guadix místico, plenitud desbordante de su ser perfecto, en la hora de su crepúsculo invernal, es la prueba ontológica del ser de las cosas y del ser de Dios... Padre nuestro que estás en los cielos... El pan nuestro de cada día... Comunión de los cielos con la tierra. También un crepúsculo. Eco del crepúsculo de los crepúsculos, la Encarnación, fulgor de la divinidad contenido en la sombra humana ..

Más el crepúsculo nos daba solo textura existencial de esta verdad compleja que es Guadix. Es como el gran pórtico para iniciarse en sus misterios. Pero hay que seguir avanzando, penetrar por esta puerta de sus crepúsculos, hasta lo más íntimo de su tem-

plo, y en él tratar de aprehender su caracter para adscribirlo a la linea humana, único modo de entender lo colectivo.

En el templo de su intimidad había que escarbar en su humanidad para conocer su propia carne y su propia sangre. Guadix asemejaba a esos hombres difíciles y tardios en intimar. Allí estaba la piedra angular de la peculiaridad accitana, la explicación de sus contrastes, de su proceder, de su física y, aún, de su metafísica. Esta piedra angular es la fabulosa virilidad de Guadix.

Las ciudades como los pueblos, para su mejor conocimiento, hemos de considerarlos en la linea del sexo. El sexo, con sus dos vertientes irreductibles, lo masculino y lo femenino, que justifican la vida haciendo posible el amor, en el caso concreto del individuo en particular, no se da en estado de absoluta pureza. No existe el puro hombre, como no existe la mujer absoluta. Los sexos se interfieren, para templar las demasías del contrario, en aquel minimun de coincidencia que haga posible entenderse sobre la realidad común de la vida. Un puro hombre y una absoluta mujer no podrían convenir porque partirían sobre las cosas desde angulos irreductibles: la pura razón y el puro sentimiento. Por eso, aun dentro de la más sana normalidad del respectivo sexo, todo individuo participa del contrario en mayor o en menor grado, según la fluida escala de la correcta

ortodoxia, establecida por la regla infalible de la atracción del contrario, y solo negada por esos desgraciados casos extremos que sufren la tragedia del divorcio entre tendencia y anatomía.

Pues, bien, Guadix, también en esto, es una excepción en el mundo. Guadix es el pueblo de la absoluta virilidad, de la escueta hombria, sin el más pequeño vislumbre de ternura o pasividad femenina.

¿Qué es lo viril y qué lo femenino?... Lo viril es acción dominadora, facultad creadora, conquista e imposición, o dicho de otra manera, torax y cerebro, voluntad y razón, ímpetu y sistema, agresividad y estructura. El hombre, cuanto más hombre, parece como si, sustrayéndose a la pura condición humana, se elevara sobre la categoría de su naturaleza, alojándose en el Olimpo de los dioses.

La mujer es más naturaleza. Está más próxima a la tierra porque ella es la tierra de la vida, el huerto cerrado donde germina y nace el hombre. Ella es el nexo que vincula al hombre con la creación sensible. Y lo aniña siempre abrumándolo de su interes por lo intrascendente, por lo efímero y pasajero como su belleza. Los especialistas del subconsciente quieren relacionar siempre la moda femenina con el instinto sexual de seducción. Pero no. Para mí tiene la moda femenina una finalidad más trascendente. Y es neutralizar en el hombre su incoercible impulso de eter-

nizarse en sistema, como único dios de si mismo.

Por eso la anatomía del hombre rima con la geometría y el concepto, mientras que la de la mujer rima con el verso y la metáfora. El hombre se presta al dibujo, la mujer al desnudo. El hombre en sus puras líneas, es un desafío. La mujer una concesión. El organismo del varón es la síntesis esquematizada de un sistema. El de la mujer un esbozo huidizo escapándose por todas las sugerencias del riesgo. En Guadix es absolutamente imposible encontrar ni una sola nota de feminidad. Ni en el hombre, ni en la ciudad, ni en el contorno.

Sin proponérmelo, todos los conceptos vertidos en este trabajo sobre el contorno de Guadix me salían en la línea escueta, y sin mixtura, de lo viril. Los adjetivos porque clamaba este tema consignan lo viril en el más alto grado de su especificación. La dinámica de su estatismo inmóvil, como protesta contra la creación, agota, como metáfora, el último grado de la varonía. Ese ultimo grado que se define por el desafío a lo imposible.

La colectividad que llega a expresar, como conciencia de su ser en la hitoria, un modo humano de valor universal, elabora a su vez un tipo físico de hombre que traduce en la materialidad de su carne el ideal que justifica su proceso en el tiempo. Esto significa que todo ideal humano exige un tipo de hom-

bre físicamente paralelo. El ideal español —llama viva de transcendencia, de vivir desviviéndose—, exigia, para su expresión, del enjuto caballero de corporeidad casi invisible, puro pretexto para montar a caballo, calarse la celada y empuñar la lanza. La hombría, que es el ideal vital del hombre de Guadix erguido contra su paisaje, exige su específico tipo humano que lo resuma. Este tipo, como ideal solo se da en la creación artística. Don Quijote es creación de Cervantes. Pero en Guadix, en esta tierra de excepción, se da la imposible coincidencia que fusione el ideal y su expresión.

Es ese hombre que todos conocemos, alto, sin exageración que amengua continente; enjuto, de solo nervio, como desvicerado de blandura. En contra del tópico árabe no es moreno y si rubio, en fuerza al menos, de sus vivísimos y pequeños ojos grises. Es de rostro menos afilado que decisivo, donde el rubor subido de sus mejillas encendidas de no sabemos que anhelos trascendentes se rubrica de arriscada bravura en el agudo corte de la boca de finísimos labios apretados. Este hombre de aquí, mas que como hombre se presenta como una autentica hombría. Una hombría paralela al paisaje, al medio circundante, que personaliza en sí, a la vez que encierra, toda la complejidad del mundo guadijeño. Es el, en definitiva, lo mas dificil de penetrar en el problema de Guadix, pero es

también, en compensación, quien nos da mas luz, quien nos proporciona la mas explendida solución para este arduo laberinto trágico que se hace Guadix en manos de cualquiera.

* * *

En el hombre de Guadix está la clave de todo ese problema vital que pone música a esta tierra. Por su misma peculiaridad tenía que apreciarse como una especie aparte... Para sentirse él mismo, con una exclusividad de claras aristas diferentes, tuvo que plantar su tienda lejos, descubierta a todos los horizontes, limitando solo con los cielos la pureza exacta de sus ángulos inconfundibles. El hombre de Guadix, para poder sobresalir al medio, al soberbio paisaje, para no verse inundado por el, escogió el único camino quizá que habia a su alcance. Este fue afirmarse en soledad. En esta soledad vislumbró quizá la salvación de su personalidad y también la fuente de su alerta permanente. La soledad de este hombre de Guadix venia a ser algo asi como la barquilla con que se aventuraba en el mar tenebroso. La formidable muralla desconfiante que velaba por su hombría y por sus ansias de pervivencia y de individualidad.

* * *

Una de las palabras mas fascinantes del lenguaje humano es la palabra soledad. No solo por el tremebundo patetismo que la aureola cuanto por la radical contradicción que entrañan las dos vertientes de su concepto. Su acento sugiere en nuestra imaginación resonancias de vastedades vacias, de anchas superficies sin accidentes, Al prónunciarla se nos anula el mundo circundante y quedamos, nosotros mismos, desnudos en nuestra propia conciencia, desligada de todo lo externo, ensimismada en su propia sustancia, como espectáculo de si misma. Sujeto y objeto en el círculo cerrado de su exclusiva agonía. Decididamente soledad es una palabra misteriosa, escalofriante...

El concepto de soledad entraña dos vertientes. Está de un lado la soledad del solo, la soledad de la ausencia. Se han ido los otros y nos han dejado solos. Nuestras voces se pierden en la noche obcura sin estrellas de esperanza. Nuestro grito de dolor muere ahogado dentro de nosotros mismos sin encontrar el eco de un corazón donde apoyarse para seguir viviendo.

De otro lado está la otra soledad, la soledad del solitario. Es la soledad del que voluntariamente se ausenta, sustrayéndose al tumulto, poniendo distancias entre el y la confusión colectiva. Es una soledad esperanzada, fecunda, creadora, y en cuyo aislamiento el hombre se refugia para dialogar consigo

mismo y proponerse los problemas decisivos que plantean de continuo las preguntas fundamentales inscritas en su naturaleza. Es la soledad del hombre con clara conciencia de su valor, donde apremia el deber, urgiéndole la obligación de alcanzar la plenitud de su destino. En ella el hombre rebosa, desbordándose como dueño y señor de todo lo creado. Por un instante se instaura de nuevo en el Paraiso. Todo es suyo. Todo lo pasee plenamente. El cielo le ofrece las estrellas para que haga metáforas o argumento con ellas, estudie su luz o mida sus distancias. Hay armonía dentro de él. Como si el pecado solo fuera un recuerdo y la íntima contradición entre apetito y conciencia, que le obliga a aquella contienda agónica permanente, fuera una enfermedad vencida en el reposo de esta quietud. Esta soledad es la lúcidamente elegida, la que huye del mundo por seguir la senda del sabio. La soledad del solitario.

Pero dentro de esta soledad del solitario, como una subespecie, hay una soledad de raiz vital. Le es impuesta a veces al hombre por exigencias de su peculiar índole humana. El hombre, como tal hombre, siente entonces, en la raiz misma de sus entrañas, la necesidad de afirmar su personalidad como una realidad irreductible a toda otra realidad humana. De individualizarse entre los demás hombres. Mas como la soledad, en sentido absoluto, es imposible, si no incorporara al

prójimo en el ámbito de su intimidad, quedaría petrificado, reducido a su propio exclusivismo. Aislado en su animalidad. Como esta independencia solitaria implica, en su raíz última, tendencia de señoría sobre las cosas, deseo de poseerlas, y la suprema fórmula de posesión es la renuncia ascética, si este solitario no renunciara a su hermetismo llamando al prójimo a su intimidad, quedaría reducido a la suprema pobreza de sí mismo, como la esfinge de la nada. La cosa es trágica pero irremediable. Uno quisiera bastarse a sí mismo, pero sin los otros nos quedamos sin las cosas y hasta sin nosotros mismos.

❁ ❁ ❁

Pero hay dos formas de comunicación humana donde la personalidad no solo no se desvanece en el otro, sino que se completa en la plena integración del ser. La amistad y el amor. Y Guadix es la ciudad de la amistad y del amor por excelencia.

Guadix es la ciudad de la amistad. Todo cuanto he leído sobre la amistad y los mismos pensamientos que los tratadistas han esculpido como sentencias definitivas sobre la misma, me han producido siempre un disgusto inexplicable, porque la idea que me daban de ella contradecía mi condición sobre tan excelsa actitud humana.

En los proverbios la amistad aparece

siempre con el hábito morado de la lástima, que la reduce a una serie de obligaciones de caracter compasivo. Como una de las obras de misericordia con prójimo único: el amigo fatalmente en desgracia y naturalmente necesitado. Considerada así la amistad viene a ser una especie de filantropía para dos. Un banco de bienes sociales al que pasamos las facturas de nuestras necesidades, exigiendo el cobro en su nombre sacrosanto. Esto más que amistad viene a ser la ética vaga de la compasión, flotando, falta de un principio irremediable que la fundamentara en categoría humana, sobre la vana atmósfera del sentimiento.

Guadix que me ha enseñado muchas cosas, me ha enseñado sobre todo el verdadero concepto de la amistad. Para el accitano la amistad no es conducta sino actitud. Idea antes que deber Ser antes que obrar. La conducta es un modo de obrar; la actitud un modo ser. El obrar es accidental al ser, y por ello muchas veces —la experiencia lo demuestra— va en contra del propio ser. Pero nadie puede tomar una actitud contra su propio ser. Por ello si la conducta queda sometida a las variaciones de la contingencia, la actitud, como el mismo hombre, solo puede sufrir un cambio: el de no ser. Es pues consustancial con el ser del hombre. Pues, bien, esta es la amistad del accitano. Ser amigo, para este hombre de apariencia hermética, es tan natural a su ser.

quizas por ello mismo, como la libertad, el deseo o el amor. Para el guadijeño ser amigo es anterior a toda obligación. Lo importante no es la conducta con el amigo sino la amistad, que me la impone, obligándome a comportarme así.

La amistad, como actitud, queda alojada en el ámbito del ser. Por consiguiente como objeto del conocer. Desde esta dimensión la amistad es faena intelectiva, esfuerzo mental por alcanzar el conocimiento de los conocimientos. El sentido del hombre y de la vida, único modo de alcanzar el propio enigma. Es llegar al yo por el atajo del tu. El amigo real y concreto es la circunstancia ontológica que me atestigua existiendo. Sin él yo no podría conocerme ni existir. En él me contacto y compruebo. En una palabra el amigo es la conciencia de mi conciencia.

Guadix no consta de habitantes sino de grupos de amigos. Vive atomizado en pequeños grupos compactos, cerrados sobre si mismos. Lo decisivo de estos pequeños mundos separados no está en la conducta, siempre dispuesta al heroísmo, sino en la comunión y participación de los mismos bienes espirituales: ideas, puntos de vista, conceptos del hombre y de la vida... En la identificación de dos conciencias en una. Por eso en Guadix no conocemos al hombre solo. Aunque físicamente lo esté lo sabemos tan fusionado con el amigo que vemos lo lleva dentro. El soli-

tario accitano, para serlo de una vez, se aisla en el otro hombre. El otro, el amigo, es la prolongación de su yo. El eco donde se multiplica más allá de si mismo, como una réplica de su propia conciencia.

* * *

Guadix es, también, la ciudad del amor.

Toda obra de arte es el testigo de una sensibilidad. Pero sobre el arte y la literatura el sentimiento se expresa en el amor. El amor es la forma suprema del sentimiento. Como el sentido comun unifica y dirige la actividad de los demás sentidos así el amor integra los sentimientos en el núcleo de su predominio. El sentimiento, de suyo tan impreciso, cuando no tan disparatado, arranca al hombre de su eje consciente y lo deja flotar en esa atmósfera de vaguedades donde gesticulan las formas huidizas de los meros esbozos. El sentimiento siempre anhelante, evidencia la miseria del hombre. El amor, por el contrario, concreta la plenitud del hombre, revalorizándolo. Y así surgido y alimentado del sentimiento, el amor viene a ser la única salvación de él. Y por este amor todo lo creado, desde el humilde gesto a la complicada física, adquiere significación. En la armonía, y, sobre todo, en el saco de lo no perdido. El enrevesado mundo del enigma desaparece. Todo alumbra el jardín del cosmos. El caliz de la flor, el fruto sa-

zonado, el zarpazo del mar, el sol desorbitante... El que no ama, vacío de significado, de sentido, de luz, está muerto. El amor, más fuerte que la muerte, implica a todo hombre en la total verdad humana preservándolo en la inmortalidad y en la resurrección.

Pero vengamos al hombre de Guadix, a ese hombre solitario de Guadix, que necesita de la amistad como conciencia de su conciencia. Y observamos, sobresaliendo, que su sentimiento reclama la conciencia de otro sentimiento. Y esta conciencia la hace carne en el amor.

El guadijeño, ese terrible solitario que es el hombre de Guadix, necesita un soporte para su vida íntima. Necesita de algo frágil y blando en extremo en donde lo más sutil de su personalidad encuentre barro propicio para actuar de artífice. Para que el más suave murmullo de su vida y de su alma pueda hacerse un eco testigo de su existencia. El mundo público del hombre de Guadix no forma parte de su intimidad. Es, por el contrario, su parte pública, accidental, que lanza a los cuatro vientos del mundo en pago y tributo de su condición social. Y así en Guadix puede suceder —y la nota adquirió su máxima significación en la pasada guerra— de existir una absoluta discontinuidad entre la vida del hombre en la calle y en la casa. Hubo hombres que degollaron santos y cristianos y, luego, en su casa, conservaron en devoción

algún santo familiar. Y es que el mundo de puertas adentro no tenía que ver con el de puertas afuera.

El solitario de Guadix, para adquirir una conciencia máxima y sensible en extremo de su formidable mundo interior no tuvo, no tiene, más remedio que echar mano del amor, de la mujer real y verdadera, sin excesivos ribetes líricos. Solo la mujer tiene capacidad suficiente para recibir la intimidad de un hombre, sobre todo si este hombre, como el de Guadix, está cargado de ella. Solo en la formidable sensibilidad de la mujer el grito silencioso del accitano puede hallar eco, atestiguando su inmortalidad temporal y prometiendo la definitiva. Por eso en Guadix el problema de elegir la mujer, la esposa, tiene una peculiaridad y una intensidad especiales. Esta mujer ha de quedar alojada en la línea del sentimiento. Esto es más radical que todo el lirismo vertido por los poetas sobre el tema. Esto explica también la terrible decisión del hombre de Guadix en elegir la mujer. El, llegado el momento, le sobra todo, lo desprecia todo. El dinero, la posición, los prejuicios sociales... Y es que esta mujer más que compañera, que esposa, va a ser sagrario de su intimidad, único testigo de ese secreto andante que es el guadijeño. Ante élla él va a poner el espectáculo complejo de su vida, de su mundo interno, de su estilo de amar, de sentir, de reaccionar... Como a Moi-

sés en el Sinaí a ella solo le va a ser dado el ver a nuestro hombre, cara a cara, y vivir. En adelante este hombre ha de descansar junto a élla, abandonándole la vida y la honra, mientras duerme. Para merecer esta confianza de un hombre de Guadix se necesitan méritos especiales. Por eso la elección de esta mujer que le acompañe de por vida adquiere unos tintes formidables y a veces trágicos, que caracterizan en mucho la vida de esta ciudad.

¡Que bien se explica así esa furiosa intransigencia del accitano a abrir las puertas de su casa a cualquiera!... Por este problema de la mujer, que no es más que una faceta —aunque sea la más profunda— de la vida apartada y de esfinge de los hombres, cada casa de Guadix forma un mundo aparte, cerrado a todos los vientos, impermeable a toda promiscua confusión. Un castillo roquero donde su suspicacia, —que le acredita de discreto—, previene el respeto y pone distancias que alertan de peligro su bravura dispuesta siempre a todo. Cada hogar de Guadix queda envuelto en no se qué misterio flúido que aumenta las distancias más allá de los límites físicos de las esquinas, a la vez que inspira el temor reverencial y religioso del templo de un dios atroz. Cuando ha sucedido la peor de todas las degracias, escarnecida su intimidad, este hombre se queda en el último grado del desamparo, en la máxima soledad

que no da testimonio de su vida. No es solo el honor sino la inmortalidad lo que le arrancan de las entrañas.

* * *

En el hombre de Guadix se encuentra la solución a todo el problema de que está embebida esta tierra. El es la clave que nos traduce el misterio del paisaje, de la luz, de la historia, de la vida... El es el que porta la panacea de todos los remedios de la ciudad como también la caja de Pandora que encierra todas las desgracias. Este hombre solitario, buscando un contrapunto en la amistad, desarrollando su riquiza de matices íntimos y desconfiantes en la mujer, es quien lo condiciona todo. Superior al paisaje, a la arquitectura y al arte, ha imbuido a estos de toda la complejidad de su espiritu, de toda la insolidaridad de sus instintos. Este hombre arriscado y decidido es quien a fuer de ojos hace la ciudad arriscada y decidida también. Quien hace el amor trágico en el dificil equilibrio del filo de la navaja. Este hombre, eco de sí mismo, es quien con su vuelo superior llega a desvalorar ese montón de cosas y de conceptos realmente intranscendentes pero que constituyen el armazón de una ciudad. La urbanidad, la política, las conveniencias... Para este hombre nuestro, todo esto son pequeñeces que no cuentan decisivamente, que

no pueden ser llevadas al terreno de lo serio y decisivo. El solo está para embarcarse en lo transcendente, en aquello en que el señor no se le muera. Es en definitiva un hombre religioso, aunque con frecuencia su religiosidad celebre ritos a dioses extravagantes y feroces.

Este hombre de Guadix, colocado tras el crepúsculo de sus tardes alucinantes, a fuer de solo, está en todas partes. Está en la profusión de las Iglesias, en las calles tortuosas y anárquicas, en lo empinado de los planos, en lo agudo de sus esquinas, en la nostalgia de los perros... Está en esa tirantez formidable que flota en el ambiente, en esa tragedia que ronda junto al amor, en ese abandono de las cosas que han de morir... En la soledad de este hombre, al socaire de cualquier mujer, es donde hay que buscar el porqué de los problemas urbanos, de la diferencia de clases, de la estrucctura económica, de la complejidad densa que por todas partes nos abruma. De la misma leyenda y del paisaje..

Guadix, si, es la metamórfosis del hombre en cal, arena, piedra y ladrillo. La metamórfosis del hombre en ciudad y urbe.

* * *

Sobre esta ciudad de Guadix como eco de su hombre, existe además una nota que contribuye a hacerla más interesante, más

atractiva, más embrujadora. Es la música de la Historia saltando siempre por sus plazas desde un ayer perdido en la prehistoria. Una música densa, concreta y pletórica que da testimonio de la ciudad a través de los tiempos. Que le da todo el sabor de los caldos viejos...

Guadix resume la Historia de España extractada en sus categorias esenciales al increible espacio de su recinto. Comprimida su inmensidad en ámbito tan limitado, de tan apretada, la Historia, sobre sus propios senos se hace supuesto físico, vivo y tangible, cuajando la fisonomía de la ciudad de sus rasgos fundamentales. Guadix es absoluta historia desligada de la temporalidad de los hechos, como paradigma abstracto de sus categorías materializadas en su espacio. En los frontispicios de sus palacios mortificados y ruidosos campean, con la fuerza virgen de su antiguo ímpetu, lozanos de su tiempo joven, indiferentes a su anacronismo, los escudos gloriosos de su heráldica, reviviendo la grandeza de sus heroicidades. De este ambiente tactil de denso, el valor esforzado podria modelar las formas todas de la epopeya de nuestra Historia en estrofas con resistencia metálica.

Cuando uno vaga por esas sus calles de Historia, o se queda fascinado en alguna de sus placetas, por la fuerza evocadora de su esencial caracter, se siente coetaneo de todos sus hechos. De sus legiones romanas,

de su medievo árabe, del tropel de la reconquista en la plenitud de los tiempos de España. Se saborea el rotundo y sonoro castellano del Imperio. Se viven las incidencias del horizonte que de la noche a la mañana ha puesto Dios ante los hispanos. Se corretea en el límite de la leyenda y de la historia, hecho semidiós como los hombres de antaño. Aquí, en Guadix, más que en ningún lugar de España la Historia toma ese caracter de pureza que excluye todo elemento extraño a su esencialidad, mientras la Alcazaba, imagen perfecta de una muerte absoluta, rubrica con la nihilidad ontológica de sus torreones inactivos la extinción total de una cultura.

Por esas calles y esas plazas, llega a subyugarnos la historia de cada calle, de cada plaza, de cada casa. Las piedras, como los hombres, se nos hacen testigos silenciosos. Y entre este silencio deambulando por sus calles misteriosas otra vez Guadix se nos hace nostalgia...

Es la música de la Historia saturando a Guadix de la apoteósis de la mágia intangible del tiempo y del espíritu.

* * *

Llegado desde la leyenda, emborrachado por el paisaje, embrujado por la misma ciudad, he aquí que por la puerta de los crepúsculos de Guadix he llegado a sus hombres,

piedra angular y decisiva de la ciudad. En esta piedra angular me es dado, a mí también, ver la cara real de Guadix y vivir. Ver su cara real, y su cuerpo y casi sus mismas entrañas...

La leyenda y el paisaje, la ciudad y el hombre, ahora forman un todo armónico y definitivo. Más aun, necesario para poder ofrecernos este expectáculo alucinante que es Guadix. Guadix, ciudad con una varonía por excelencia, sin el contrapunto de flores, de aguas, de leyendas pequeñas por donde la femenidad enternezca el paisaje, queda ahí extasiado, estrellado contra la luz, como un lazo extraño del color y los hombres. La ciudad y el mismo paisaje, paralelos al hombre, se hacen eco en la amistad o buscan en el amor la masa blanda en donde dejar testimonio de sus sutilezas. Guadix se nos desangra en la multitud de sus secretos entrevistos en la agudeza de las esquinas o en la tragedia de cualquier vereda. Al llegar, de densa, la ciudad nos va tocando, se nos va metiendo en el alma hasta dejarnos el sabor extraño de sus misteriosa grandeza. La campana o el murmullo ausente del agua ponen siempre una nota de nostalgia sin esperanza, sin reposos... Todo parece un mundo de sonambulos. El borrico tranquilo y el viejo sonnoliento y el joven que pasea... El mismo sol perezoso y la chimenea profundante encalada... Guadix, entrados en él, penetrados en sus entrañas, una vez inmunizados y preparados por

la leyenda, es la ciudad que se nos hace como la caja de música o el verso formidable. Notamos nosotros, hombres de otras tierras, que el alma puede vibrar con plenitud, que el sentimiento puede adquirir todos los matices grandiosos de la humanidad. En esta Caja de música o en este verso de la esencia accitana nos mecemos, no solo con el arrullo acariciador de la nana femenina y maternal, sino con la trompeta formidable de la milicia de los heroes hechos carne, de los dioses hechos hombres, de la tragedia hecha anécdota... Guadix es una tierra donde se puede vivir sin dejar de ser hombre. Donde se puede morir porque no muere uno del todo. Porque el paisaje hostil, la leyenda obstinada, la leyenda esquinada, el crepúsculo, y, sobre todo, los otros hombres darán testimonio a través de los siglos de que uno fué. Porque los vivos aun cuentan con los muertos para seguir viviendo. Porque su esencial intemporalidad lo hacen a uno, habitante de todas las edades y de todos los espacios.

Guadix, superior al tiempo, vencedor de él, seguirá siendo por los siglos de los siglos. Y cuando el tiempo no sea porque la tierra extinta sea una eternidad pesada, sin medida de horas, Guadix se eternizará recreado en la tarde de cada crepúsculo. Se eternizará recreado en el amor de los que como yo lo hemos amado tan profundamente que con su sabor haremos ambrosía de nuestra propia inmortalidad.

Septiembre, 1960.

EL MISTERIO DE GUADIX - M. R. PASTOR.

25 pesetas